

PORVENIR DEL TEQUENDAMA

Por: ENRIQUE PÉREZ ARBELÁEZ

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 69-70, Volumen XIX
Primer Trimestre de 1961*

Está fuera de discusión entre colombianos, si es o no el Salto de Tequendama, además de un recurso de energía hidráulica, una reserva estética de la naturaleza y un escenario que revive las más genuinas tradiciones de la Nación.

Hay una innegable majestad en la aridez, en el erial, en el desierto. Pero es la severidad de la muerte lo que en ellos nos sobrecoge, un sentimiento de indigencia, de soledad e impotencia lo que nos embelesa. En cambio las aguas: manantiales, quebradas, ríos, lagunas, cascadas, el mar, poseen tan íntima relación con el hombre y con la generosidad de su medio, que cuanto más civilizado sea, le infunden mayor alegría, lo fascinan y le impregnan de optimismo. Las aguas son el más precioso recurso de los pueblos, y no es extraño que a ellas se vinculen las tradiciones más vigorosas de su etnogénesis; las inspiraciones más vehementes de su lírica.

Al Salto de Tequendama llegaron los ingenieros un día, lo midieron en bombillas incandescentes y en caballos de fuerza, lo enjearon y lo sacrificaron en aras de lo necesario y de lo útil; regularon sus aguas con represas del Charquito y del Muña, dejándolo sin ellas gran parte del año; abrieron en su contorno una carretera, despojándolo de su agreste vegetación; taladraron minas de carbón, lo profanaron con el pito de las locomotoras. Así, los hijos de los chibchas perdimos el contacto imaginativo con la escena cosmogónica de Bochica y consumamos la labor de las soldadescas conquistadoras en borrar del corazón las tradiciones indígenas; así quitamos el marco a aquellos paseos suntuosos de los Virreyes y de los generales libertadores; así quedaron, como cántaros desfondados, sin razón de ser y ridículos, los inspirados cantos de José Eusebio Caro, de doña Agripina

Montes, de Rafael Pombo, de José Santos Chocano, de "tanto galán como trajeron": las descripciones maravillosas de Humboldt y de Caldas.

Queda, sin embargo, todavía algo del Tequendama; mucho tal vez. La vegetación de su abismo y de su orilla derecha, su cima de vértigo y la estacional anástasis de la catarata en las épocas de lluvia. Estos espectáculos que nutren la estética son los que el Tequendama a gritos y los colombianos todos, amantes de la naturaleza, con la única voz que nos queda que es el sollozo, suplicamos que se conserven y lo pedimos ahora más, cuando se precipitan sobre el Tequendama, en alud aplastante, la indiferencia, las oportunidades de lucro, y el instinto destructor, sólo potente para el despojo de la naturaleza y que parece que en nuestro pueblo se ha vuelto medular y consuetudinario. Esa voz asordinada es la misma de todos los pueblos civilizados del mundo cuando piden que se conserven, como valores humanos, los espectáculos naturales, capaces de elevar la inteligencia, de estimular la investigación científica nacional y de arrobar con su extrañeza.

En la fosa del Tequendama, mantenida en pleno primitivismo desde su evolución geológica y desde que se difundieron las especies vivas, como en una arca sellada, se ha refugiado un tema científico que estamos en mora de investigar y que sólo a los colombianos nos corresponde sacar a la luz del mundo sabio. Ese tema, abanico de temas, llegó la hora de escarbarlo. La biología de aquel coliseo de rocas, donde animales y plantas han vivido, por siglos, en un ambiente excepcional de humedad atmosférica semejante al clima, aguas y temperatura de pretéritas edades geológicas, puede tener, debe de tener, características especiales; no sólo en la integración fitosociológica de especies más adaptadas a esa ecología, sino también en lo morfológico. Es un trozo de la Malasia en tierra fría y en la flora andina, que nos permitiría abstracciones insospechadas en la fitogeografía de los continentes, en la ilustración de los problemas de origen y evolución de las especies. Todas las consecuencias de una habitación criomegahídrica están encerradas en la fosa a que nos referimos. Es de lamentar que el estudio biológico del Salto no se haya verificado antes de que los máximos y los mínimos, verdaderos determinantes de las adaptaciones taxales y morfológicas, más que las medias anuales consignadas en los anuarios meteorológicos, se distanciaran tanto y se hicieran artificiales por las ingenierías sobre la fosa de la catarata. Pero aún es tiempo de acercarnos a la naturaleza inalterada, antes de que la viole la acción antropógena. Salen, pues, de estas consideraciones, dos exigencias apremiantes. Ante todo, una a la Universidad Nacional, para que, proporcionándoles los medios de que carezcan, destinen de su Instituto de Ciencias Naturales y de otros, zoólogos, botánicos, biólogos, ecólogos y climatólogos; fotógrafos y dibujantes, para que realicen el estudio biológico integral del Salto de Tequendama y fijen, para las generaciones venideras, en un balance y una publicación a muy alto

nivel, las realidades que allí se presentan, a cada uno en su especialidad, antes de su obliteración inevitable.

En segundo lugar, pedimos a cuantos intervienen o intervendrán a la puesta en servicio de la fosa del Tequendama, dicten medidas, ejerzan vigilancia, impongan sanciones conducentes a la conservación de ese monumento natural.

En suma y en romance paladino, deseamos que antes de entregar el Tequendama a las borracheras y a la destrucción se ordene que los concedores de estos asuntos y de las prácticas seguidas en los países más desarrollados dictaminen sobre lo que allí se debe y se puede hacer y lo que harían los hombres de culturas privilegiadas.

Es una fortuna que la iniciativa de instalar un ascensor al abismo del Tequendama y de convertir aquellos lugares en atracción turística, haya sido asumida por don Guillermo Jaramillo, el iniciador del turismo en el lago de Tota, quien además de propulsor insigne de trabajo es un artista. Pero es preciso ayudarlo, colaborar con él y dar hoy las normas que podrían ser tardías mañana. Educar a un público cerril para que disfrute sin dañar, para que respete en medio de sus expansiones, es, sin duda, difícil. Pero la lección de los de arriba se trasmite mejor a los de abajo, si va orlada de inteligencia y premunida por el ejemplo de una solicitud previsor.

Lo que se hace en los países más cultos, no debe ser imposible en el nuestro. Hacer que el pueblo goce de la naturaleza y la conserve como se la dio el pasado, el cual viene desde el fondo de los siglos, desde las manos del Hacedor.

